

partido realista; el rey protestante era por él soportado más bien que obedecido y sólo se imponía á fuerza de valor, pero su situación continuaba siendo precaria y estando á merced de un complot ó de una derrota.

Bien es verdad que aun eran mayores las discordias en el partido de la Liga. El golpe asestado por Mayenne á los Diez y seis en 4 de diciembre de 1591, había reducido á la impotencia á aquella facción violenta y envalentonado á sus adversarios. Un ex preboste de los mercaderes, D'Aubray, que había contribuido no poco á decidir á Mayenne á recurrir á los castigos severos, trabajó para agrupar al partido moderado, y en las primeras reuniones que en su domicilio se celebraron, los principales asistentes fueron el abad de Sainte-Genevieve, el canónigo Seguier, el consejero D'Amours, varios abogados, un mercader de paños y un alcalde de barrio llamado Huot. D'Aubray, D'Amours y Huot, que eran hombres de acción, se aseguraron el concurso de hombres del pueblo, como el «gran Guillermo,» un cocinero, el molinero Baudouin y el sargento Bechen, de quienes querían valerse para hacerse suyos los gremios.

La asociación iba dirigida contra los Diez y seis, á los que quería excluir de los cargos municipales como gente vil y nula, y en ella se alistaron la alta burguesía y todos los que habían padecido bajo el poder de aquella demagogia religiosa. Pero su principal apoyo lo constituyeron los jefes de la milicia parisiense: trece coroneles, de diez y seis, y doce alcaldes de barrio prometieron su concurso y trabajaron por conquistar el mayor número posible de capitanes y de soldados. De esta suerte se organizó contra los restos de una sociedad poderosa la oposición de lo que podría llamarse la guardia nacional ciudadana.

El Parlamento entró gustoso en aquella especie de complot. Varios ligeros apasionados como Luis Doreléans habían roto sus relaciones con los Diez y seis después del asesinato de Brissón, y el presidente Le Maitre no hablaba más que de ahorcarlos á todos. En el entretanto, el Tribunal se ocupaba en procesar á los más comprometidos, y aunque no podía, con gran sentimiento, instruir ningún proceso por el atentado cometido en 15 de noviembre contra el primer presidente y los consejeros Larcher y Tardif, por haber el lugarteniente general proclamado una amnistía completa, aquellos hombres violentos tenían sobre su conciencia otros muchos pecadillos, puesto que habían robado, saqueado y matado. Y ahora que los magistrados no tenían ya el puñal sobre el pecho, se dedicaban á examinar con curiosidad malévolos actos que parecían amparados por la prescripción; y así hicieron juzgar, condenar y ahorcar por robo á uno de los fundadores de la Liga, el alguacil de vara Michelet. Tocóle luego el turno á otro alguacil, Du Gue, y después fué arrestado otro de los Diez y seis, Du Jardin, que había asesinado á un mercader de Senlis, probablemente poco entusiasta de la buena causa. La audacia del Parlamento pareció excesiva al Consejo general de la Santa Unión, del que formaban parte tres obispos, Madama de Nemours y Madama de Montpensier, madre y hermana de Mayenne.

En vista de esta obstinación persecutoria, algunos Diez y seis se expatriaron. Sus compañeros se indignaban de que se hubiesen visto reducidos á tal extremo:

¿qué crimen habían cometido Thomasse y Jacquemin? ¡Y Desloges! Había matado á un soldado hugonote hecho prisionero durante el sitio. ¿Y valía esto la pena de poner en movimiento todo el aparato de la justicia? Los Diez y seis estaban estupefactos.

La consideración de que gozaban entre el público menguaba, porque mientras ellos se obstinaban en cifrar sus esperanzas en Felipe II, la población empezaba á cansarse de los españoles. El gran Guillermo, Baudouin y otros artesanos maltrataron á un hidalgo francés que se presentaba vestido á la española, y ni los transeúntes intervinieron ni el Parlamento practicó ninguna información. D'Aubray, que era un moderado violento, golpeó á un sacerdote que efectuaba una detención arbitraria. Rose, Boucher, Guarinus, Feuarent y los demás predicadores proseguían en sus ataques contra los realistas y los políticos, censuraban á tal ó cual de sus feligreses, predicaban á alguno, como se decía; pero la concurrencia ya no gustaba de aquella mascarada de la predicación evangélica, y el mismo pueblo se cansaba de las violencias de palabra. Un día en que predicaba Commolet, tres de sus oyentes se levantaron y se fueron; el predicador les interpelló y dijo que estaba seguro de que eran políticos y que les miraran osadamente cara á cara; «pero, dice L'Estoile, que anota este hecho como una novedad, ni uno sólo de los asistentes se movió ni se impresionó lo más mínimo; al contrario, todo el mundo rió en grande como si hubiese visto representar alguna farsa por un charlatán» (5 de julio de 1592). El prestigio del clero afecto á la Liga también menguaba.

Los políticos se reunían cada dos días en el domicilio de D'Aubray ó en el del abad de Sainte-Genevieve, y aquellos conciliábulos traían alarmados á los Diez y seis. Los más inteligentes, como el arzobispo de Aix, Genebrard, el famoso Boucher y Rose, obispo de Senlis, que, como los locos, tenía á veces más previsión que los cuerdos, comenzaron á temer que aquella división de los católicos diera por resultado el triunfo del hereje, y en su consecuencia Rose se encargó de avisarse con D'Aubray, considerado como jefe de los políticos, el cual respondió con su brusquedad acostumbrada que cuando todos los Diez y seis habían sido castigados por sus crímenes, vería lo que convenía hacer. Genebrard y Boucher conferenciaron con políticos más dúctiles y los conquistaron para la idea de una reconciliación; el preboste de los mercaderes y el señor de Belin ofrecieron su mediación y por ambas partes se nombraron comisionados que convinieran los términos de un acuerdo.

D'Aubray había aceptado de muy mala gana el papel de pacificador que tan poco se avenía con su modo de ser, pues consideraba á los Diez y seis como unos bandidos y consentía, á lo sumo, en otorgarles un perdón que le parecía muy generoso; y habiendo uno de los Diez y seis dicho que el remedio conveniente para acabar con la escisión era no reconocer jamás al rey de Navarra, aunque se hiciera católico, D'Aubray se negó á aceptar estas condiciones.

Los políticos, á su vez, se quejaron de los predicadores, quienes, como si obedecieran á una consigna, tronaban todos contra los moderados y formulaban el mismo domingo desde todos los púlpitos las mismas

denuncias; y habiendo los Diez y seis replicado que los predicadores cumplían su deber y que nadie tenía potestad para cerrarles la boca, cruzáronse entre unos y otros frases muy agrias. Belin, para calmar las pasiones, prometió la intervención del Legado.

El preboste de los mercaderes, movido por los mismos deseos pacificadores, propuso la supresión de las denominaciones de Políticos y Diez y seis; pero los fanáticos reivindicaron con altanería ese nombre de Diez y seis, diciendo que «era un nombre memorable... y que si se quería extinguirlo por ignominia, no debería consentirse y que era preciso conservarlo.» Los moderados esperaban demasiada resignación de un partido que había representado el principal papel en la defensa de la causa católica, y proponían que en los artículos de reconciliación se designara que los Diez y seis suplicarían al Parlamento que olvidase lo pasado. ¿De modo que se quería que pidieran perdón á aquellos magistrados que habían mandado á la horca á Michelet, Du Jardin y Du Gue? A esto repuso uno de los políticos, Lhuillier: «¿No queréis, pues, reconocer el tribunal ni que en él se haga justicia? En este caso, ¿cuáles serán nuestros jueces?» Esto importaba poco á los Diez y seis: el Parlamento era sospechoso á sus ojos; las persecuciones se habían realizado «con animosidad y por venganza» y los magistrados habían manchado sus manos con sangre inocente; y de todas aquellas injurias apelaban á Dios, que sería juez supremo de las mismas.

Decididamente el desacuerdo entre los dos partidos era demasiado grande: el uno se mostraba respetuoso con la autoridad constituida, tenía hambre de orden y hasta en la rebelión se preocupa de mantener las formas y las tradiciones de la legalidad; el otro, de temperamento revolucionario, estaba siempre dispuesto á emplear la violencia, sin curarse poco ni mucho de la justicia ni de las leyes.

Celebróse una última reunión á la que asistió el presidente Jeannin, representante de Mayenne. «¿Quiénes sois vosotros?» exclamó D'Aubray dirigiéndose á los Diez y seis; y sacando un ejemplar del acta de amnistía de 10 de diciembre, leyó los pasajes en que Mayenne prohibía toda asociación, especialmente la de los Diez y seis. «He aquí, dijo, vuestro reproche sobre la frente; por virtud de este documento sois reprobados, desautorizados y difamados, gentes sin jefe y vagabundas, á quienes se os prohíbe llamaros los Diez y seis y, sin embargo, tomáis este nombre como gran honor. Ni siquiera debiéramos hablaros.» Todos los Diez y seis se levantaron: «Somos gente de bien y nada tenemos que ver con esta abolición que ninguna infamia puede traernos á nosotros ni á todos los nuestros.»

En el fondo, los sectarios daban en el blanco, y cuando pedían á los políticos una promesa formal de que jamás reconocerían á Enrique de Bearn como rey de Francia, les ponían en el más terrible compromiso; y no porque éstos sintieran poco celo por la causa católica, sino porque creían poder defender la religión sin comprometer el orden, ni el Estado, ni á Francia. Se cansaban de aquella guerra eterna que arruinaba el reino y hacía del papa y del rey de España los árbitros de su suerte; y aunque la herejía del rey de Navarra engendraba muchos escrúpulos, ¿no sería posible entenderse con él mientras se hacía instruir, conforme había

prometido? Los campos estaban sin cultivo, el comercio sólo podía hacerse con los pasaportes de los gobernadores reales, y á pesar de las complacencias compradas con dinero contante y sonante, París permanecía aislado del resto de Francia. Corbeil y Saint-Denis, ocupadas por guarniciones realistas, la bloqueaban aguas arriba y aguas abajo del Sena; desde los castillos de Chevreuse, Gournay, etc., los exploradores del partido llegaban en sus excursiones de merodeo hasta los arrabales; era peligroso aventurarse por aquel río fuera de las fortificaciones, y la alta burguesía que tenía sus propiedades en los alrededores de la ciudad, no podía disfrutar de ellas, ni percibir sus rentas, ni gozar de sus frutos. Todas estas consideraciones de interés y de sentimiento contribuían á quebrantar los ánimos más resueltos; y el mundo mercantil y el parlamentario, más seriamente perjudicados que los teólogos de la Curia, se inclinaban al reposo y á la paz.

De esta suerte, la fuerza de las circunstancias impulsaba á los políticos á aproximarse á los realistas. Los más decididos, como D'Aubray, querían obrar de prisa, precipitar la reacción; y en una reunión que se celebró en septiembre de 1592 en el domicilio del abad de Sainte-Genevieve, se trató de la cuestión de una inteligencia con el rey, alegando que todas las demás soluciones sólo servirían para aumentar las calamidades, pues el advenimiento de un príncipe español ó lorenés no desarmaría á Enrique IV y por consiguiente se eternizaría la guerra. Los asistentes resolvieron declararse en favor del Bearnés, formularon un plan de campaña, trabajaron activamente la opinión y escogieron la primera ocasión propicia para manifestar sus sentimientos.

Precisamente la corporación municipal, los representantes de los tribunales supremos, de Nuestra Señora y de los principales monasterios y los delegados de los diez y seis barrios habían sido convocados en asamblea general para proveer á las necesidades de la situación. En las reuniones electorales de barrios, los políticos emitieron la idea de enviar al rey de Navarra una comisión que le invitara á hacerse católico, y de diez y seis barrios, trece encargaron á sus elegidos que presentaran esta proposición, como así lo hicieron en la asamblea reunida en 26 de octubre en las Casas Consistoriales; pero Marillac, diputado de la segunda sala de informaciones, bien que alabando la sinceridad de las intenciones, declaró que la idea de invitar tenía demasiado carácter de sumisión y que no era todavía tiempo de dar este paso. En su concepto, era mejor emplear otra fórmula y declarar «que sólo tomaban las armas para la seguridad de la religión y que cuando habrían encontrado esta seguridad las depondrían de muy buena gana» (26 de octubre).

D'Aubray y sus amigos habían querido ir demasiado aprisa; su invitación, que no era más que una adhesión disfrazada, despertaba aún demasiados escrúpulos. Para adoptar esta actitud, hubiera sido preciso poder apoyar las palabras con actos, y, como dice L'Estoile, «no tenían ni jefe ni fuerzas en las manos.» De aquel proyecto de invitación sólo quedó el nombre de *invitadores* aplicado á esta categoría de políticos.

Sin embargo, el movimiento de la opinión era tan resueltamente favorable á la paz, que Mayenne creyó

prudente venir á París. No tenía gana alguna de romper con los moderados y entregarlos á los Diez y seis que ya denunciaban á la ira del pueblo á los traidores; pero le inquietaba una agitación que podía despojarle del poder sin darle tiempo á tomar sus precauciones. Presentóse el duque en la reunión del 4 de noviembre y se quejó de algunos que habían sido de parecer de enviar una diputación al rey de Navarra y dijo que la causa de París estaba enlazada con la de los príncipes y no debía ser tratada aparte, añadiendo que consentía en olvidar lo ocurrido, pero que esperaba que nadie insistiría en ello; de lo contrario, «habré de creer que son desafectos á nuestro partido y habré de tratarles como enemigos de nuestra religión.»

Los *invitados* se dieron por advertidos y nada más intentaron. El lugarteniente general, dueño nuevamente de la situación, dedicóse á mantener la balanza en el fiel entre los políticos y los Diez y seis y á fortalecerse con ambos partidos, favoreciendo según las circunstancias á los violentos ó á los moderados. Así apoyaba al abogado general Dorléans contra la gritería de los predicadores, pero al mismo tiempo amenazaba con enviar á la Bastilla á dos ciudadanos que se quejaban de haber sido maltratados por los Diez y seis; y si por un lado en las elecciones municipales nombraba por su propia autoridad concejal á Pichonnat, uno de los Diez y seis, á quien los electores no habían dado un solo voto, por otro rechazaba una instancia en que se pedía la depuración del Parlamento, de la milicia y de los alcaldes de barrio y una información sobre el complot del 26 de octubre.

Quedaba, pues, demostrada la impotencia de los partidos para resolver las dificultades presentes. La lucha entablada entre Enrique IV y su pueblo no terminará ni por un convenio, ni por un complot, ni por la fuerza; el desenlace que no han podido preparar las intrigas ni precipitar las armas, la necesidad va á imponérselo á los jefes de partidos, al soberano y al pueblo.

## CAPITULO VI

### LOS ESTADOS GENERALES DE 1593 (I)

I. La nación de la Liga. — II. La conferencia de Suresnes.  
III. Los derechos de la infanta. — IV. La abjuración

#### I.—La nación de la Liga

El día 4 de noviembre, en las Casas Consistoriales, asombrado Mayenne de los sentimientos que en la asamblea dominaban, volvióse, según parece, á La Chapelle-Marteau preguntándole: «¿Qué quiere el pueblo? — Señor, le respondió aquél, piden un rey y quieren tener uno. — Los Estados les darán uno, repuso Mayenne;

(1) FUENTES: *Procès verbaux des Etats généraux de 1593*, publicados por Augusto Bernard, «Coll. Doc. inédits,» 1842. *Lettres d'Etienne Bernard, maire de Dijon sur l'assemblée des Etats généraux de la Ligue*, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» 3.<sup>a</sup> serie, I, 1849-1850. (Honorato du Laurens), *Discours et rapport véritable de la conférence (de Suresnes)*, París, 1593. *Mémoires d'Etat de Villeroy*, III y IV, 1665. C. Read, *La Satyre Menippée, suivant l'édition princeps de 1594*, «Librairie des Bibliophiles,» 1876. F. Giroux, *Le premier texte manuscrit de la Satyre Menippée*, Laón, 1897. *Dialogue d'entre le Maheustre et*

ne; pero cuando lo tengan, ¿qué más les hará ese rey de lo que yo les hago?»

El jefe de la Liga creía ocupar el puesto de rey y se había mostrado durante mucho tiempo hostil á los Estados generales, designando sucesivamente París, Melún y Orleans como punto de reunión, pero encontrando siempre un pretexto para aplazarlos. Al fin, á instancias de los españoles, se había decidido, en junio de 1592, á elegir Reims, y en su consecuencia habíanse enviado letras de convocatoria á las buenas ciudades, habíanse efectuado elecciones y hasta algunos diputados habían ido á la indicada ciudad; pero Mayenne había reflexionado que Reims estaba muy cerca de los Países Bajos y que si el duque de Parma acudía allí «acompañado según su costumbre,» podría hacerse dueño de la plaza y sojuzgar á la asamblea. En cambio, nada había que temer de París, «así por la grandiosidad» de la ciudad como «porque estaba más lejos de la frontera;» por esto Mayenne aprovechó la muerte del duque de Parma (3 de diciembre de 1592) para trasladar los Estados á la capital. Véase emancipado de la tutela española y libre de desempeñar el primer papel, y creía que sería él quien dirigiría los Estados generales.

Felipe II esperaba conseguir de los diputados el reconocimiento de los derechos de la infanta, y el duque de Parma había reunido en Arrás un ejército que, en el momento oportuno, debía intervenir é influir en las negociaciones con toda la fuerza de las armas. Muerto el duque, su sucesor, el conde de Mansfeld, marchó sobre Noyón, que cerraba el valle del Oise y el camino de París, apoderándose de ella después de una furiosa resistencia (30 de marzo de 1593), y la guarnición española que allí puso le aseguró una nueva etapa á treinta leguas de la capital. Un embajador extraordinario, el duque de Feria, partió para París acompañado de un legista, D. Inigo de Mendoza, y provisto de dinero, es decir, en condiciones de convencer y de sobornar.

El papa Clemente VIII, lleno de escrúpulos, continuaba mostrando á Enrique IV las mismas malévolas disposiciones que sus predecesores, y sus breves dirigidos á los magnates católicos y á las ciudades recomendaban la unión de todos los católicos contra el herético tirano: «Oponed á su furor el valor de un monarca muy bueno y verdaderamente cristiano.» El nuevo legado, Felipe Sega, cardenal de Plasencia, era tenido por uno de los más sagaces diplomáticos de la Curia romana. Roma, España y Mayenne obraban aparentemente de acuerdo y parecían perseguir el mismo fin, la elección de un rey.

La inteligencia de los ligeros y de las potencias católicas inquietaba tanto más á Enrique IV, cuanto que las divisiones de los realistas habían llegado á su período agudo. Sin que creamos que su vida hubiese es-

le Manant. L'Estoile, V y VI. *Mémoires de Marillac*, M. y P., XI. *Mémoires de Grouart* (primer presidente del Parlamento de Normandía), id., XI.

OBRA DE CONSULTA: G. Picot, *Histoire des Etats généraux*, 2.<sup>a</sup> edición, IV. P. Richard, *Pierre d'Epinac, archevêque de Lyon (1573-1599)*, 1901. Stühelin, *Der Uebertritt Königs Heinrichs des Vierten von Frankreich zur römisch-Katholischen Kirche*, Basilea, 1856. L'Epinois, *La Ligue et les papes*. Labitte, *De la démocratie chez les prédicateurs de la Ligue*. Frank, *Satyre Menippée*, Oppeln, 1884. Poirson, *Histoire de Henri IV*, I.

tado amenazada por una conspiración, preciso es admitir que ocurrieron hechos graves de desobediencia y hasta de hostilidad, desde el momento en que se le aconsejó que castigara á esos enemigos domésticos y «llevara las manos bajas,» según expresión de un contemporáneo, consejos que tuvo el buen criterio de no seguir. En aquella crisis intestina, los sucesos de París debían inspirarle mayor cuidado, y por esto protestó contra la presunción del duque de Mayenne «que no podía manifestarse mayor» que con aquella convocatoria de todos los órdenes del reino, «cosa hasta ahora inaudita, hecha en nombre de otro que de los reyes, según por todas las leyes esta autoridad está á ellos solos reservada, y considerada como un crimen de lesa majestad para todos los demás;» y prohibía á todas las personas, fuese cual fuere su calidad y condición, ir ó enviar á «la supuesta asamblea celebrada ó que se había de celebrar» en París, «ni dar pasaje, asistencia ni ayuda á los que fueren ó volvieran de la citada asamblea» bajo pena de tenerlos «por convictos del crimen de lesa majestad al primer jefe» (29 de enero de 1593).

El Tribunal de Chalóns la había tomado especialmente con el papa: denunció aquella detestable conspiración contra esta «florecente monarquía, cuya ley fundamental consiste principalmente en el orden de la sucesión legítima;» decretó la prisión de Felipe, titulado de Saint-Onuphre, cardenal de Plasencia; prohibió á todos, nobles, eclesiásticos y pecheros, que asistiesen á dicha asamblea, bajo pena de ser tratados «como criminales de lesa majestad y perturbadores del sosiego público, desertores y traidores á su país;» y dispuso que las ciudades en donde se reuniera, serían totalmente arrasadas sin esperanza de ser reedificadas jamás «para perpetua memoria á la posteridad de la traición, perfidia é infidelidad» (18 de noviembre de 1592).

No les era fácil á los diputados llegar hasta París por entre la red de provincias, ciudades y castillos realistas. Los soldados batían la campaña, detenían á los mercaderes y á los viajeros y les exigían rescate cuando no los mataban; y aun cuando los jefes militares tenían la costumbre de vender pasaportes, en aquella ocasión no había que contar con ellos, porque el rey tenía demasiado interés en impedir aquella reunión de rebeldes, y cualquier diputado, si era reconocido, corría peligro de muerte.

Por esto ciertas provincias renunciaron á hacerse representar en los Estados generales, resultando de ello que así como las asambleas precedentes habían reunido de 400 á 500 miembros, aquella sólo contaba 128. Algunos diputados se prepararon para ese viaje como para la expedición más peligrosa. Bernard, vizconde mayor de Dijón, se hizo designar un sucesor; el clero organizó novenas, mandó hacer oraciones de cuarenta horas y celebró una procesión general para atraer la protección del cielo sobre los mandatarios de la ciudad; la mayoría de los habitantes notables visitaron á Bernard; y gran número de mujeres y de niños se agolpaban en las calles á su paso, unos «saludándole y otros acercándose á él para besarle las manos.» Y esto que Bernard partía bajo la protección del vizconde de Tavannes que se dirigía á París con una numerosa tropa de gentes á caballo.

Odet Soret, labrador, elegido por el Tercer Estado

de Caux, creyó no poder pasar de Ruán. El gobernador Villars-Branca, que se había encargado de conducir á los diputados ligeros de Normandía, había dicho que estuvieran preparados para el 12 de enero; y sin embargo, no pudieron partir hasta el 8 de febrero y anduvieron dando rodeos y por etapas desiguales, pasando de la orilla derecha á la izquierda del Sena y soportando un frío intenso «para evadir los caminos por miedo al peligro.»

Y no se reducían á esto los padecimientos. Era preciso vivir, y las ciudades calculaban parcimoniosamente la indemnización del viaje y no querían anticipar fondos; así es que sus representantes llegaban al término del viaje sin recursos. En Reims, los diputados que habían respondido á la convocatoria de Mayenne (junio de 1592) se habían visto obligados á pedir prestados á la ciudad algunos escudos; y los que vinieron á París vivieron, en los últimos días de los Estados, de las raciones que se distribuían. La Asamblea estaba tan pobre que desde el comienzo de sus sesiones hubo de pedir prestado á la municipalidad un pregonero para llevar un mensaje.

No sería justo, sin embargo, imaginarse á los diputados como mendigos á sueldo de España.

Los Estados generales de la Liga no han sido mejor tratados por la posteridad que por sus contemporáneos. Realistas y galicanos, historiadores filósofos del siglo XVIII sólo sienten por ellos horror y desprecio; y para colmo de infortunio fueron puestos en ridículo por uno de los mejores libelos de nuestra literatura, con todo y ser ésta tan abundante en esta clase de escritos. *La Satyre Menippée (Sátira Menippea)* es considerada por muchos como un relato apenas desfigurado, como una historia casi exacta, de los Estados generales, siendo así que, á decir verdad, no es más que su caricatura.

Es un modelo de malicia y de elocuencia que quita caretas, descubre bajo las afectaciones del fanático y las declaraciones de desinterés, las concupiscencias crudas y los cálculos viles, expone á la vergüenza pública á los charlatanes de la Liga, señala el triunfo del buen sentido sobre el furor sectario, del espíritu de orden y de la disciplina sobre los instintos de violencia y de anarquía, del derecho dinástico sobre el derecho teocrático, de la idea de patria sobre la idea de Iglesia. Mas no se le exija que sea justa con un partido cuyos principios condena y cuyos actos detesta, pues jamás hace distinción entre lo ridículo de las manifestaciones y lo serio de las reivindicaciones, entre las miras interesadas de los jefes y las pasiones generales de las masas.

Los Estados generales de 1593, fiel imagen de la nación afecta á la Liga, eran muy adictos á la Iglesia, y sin embargo se negaron á admitir en sus deliberaciones al legado del papa y sólo consintieron en recibirle en sesión solemne. Tenían una opinión muy elevada de su dignidad, tanto que no dieron en sus mensajes el título de Monseñor al duque de Mayenne hasta después de haber recibido de él numerosas pruebas de deferencia, y estaban convencidos de que sólo en ellos residía la omnipotencia, creencia que con ellos compartía la nación partidaria de la Liga. Así la mayoría de los libros impresos en aquel tiempo llevan la indicación «con autorización de los Estados.»